

ALFONSO CALDERÓN

RICARDO A. LATCHAM
Y LA CRÍTICA DE POESÍA

NO PRETENDEMOS intentar —en este homenaje— una revisión total de las opiniones de Latcham en torno al fenómeno poético, la crítica de poesía y la historia de la palabra poética, realizadas por él en la cátedra, en la página volandera del diario y en el libro. Sólo nos interesa mostrar, de modo más o menos orgánico, siguiendo la huella de lo que quedó en periódicos, la estimativa del maestro —en cuanto reiteración de pensamientos y nivel testificador de la nueva poesía, no por su mera novedad, sino por su afán permanente de descubrir los rasgos distintivos en cada uno de los enjuiciamientos que realizaba.

Eliot escribió, en una oportunidad, que “lo primordial en todo crítico es su aptitud para seleccionar el buen poema y rechazar el malo; reconocer el buen poema *nuevo* que responde propiamente a las *nuevas* circunstancias es la mejor prueba de su aptitud”¹. Lo que pretendemos orillar es de qué manera Latcham utilizó este postulado, en un momento en el que, con honrosas excepciones, la crítica se debatía en un universo de patrañas o de burlas, de impresionismo sutil e ineficaz, de vehemencias extraliterarias; se dejaba llevar por escrúpulos forenses, depreciada la capacidad de asombro en un voluntario ejercicio semanal ininterrumpido; se trasladaba el asedio a los textos poéticos con una falta de fe en las verificaciones, con vistazos burdos a las apariencias, que no a las esencias.

Latcham vivía entre dos polos: su amor a la tradición, que le permitía rastrear en la primitiva lírica española, en la poesía inglesa antigua, en la Edad Media francesa; y su pasión por lo reciente, que se podía advertir al oírle hablar del norteamericano Paul Blackburn, o del italiano Bruno Nardini o de los testimonios estéticos de Edith Sitwell, acerca de la oscuridad en poesía. Debemos a Latcham —los

de más recientes generaciones— su devoción a la letra y al espíritu de ella, su afán irreductible por no escapar de la potenciación inmediata, con los riesgos que implica el acercarse a lo nuevo, a lo que conoce aún de perspectiva. Su generosidad excesiva, alguna vez desmesurada por un espíritu más estimulante que negador, ha ayudado a trazar un esquema claro de la poesía chilena actual. En tanto una crítica invigente nos depara sus sólitas y laboriosas barbaries, sus anacronismos incontinentes, asoma otro peligro valorador: el que brota de una encarnizada y sistemática aplicación de los métodos patrocinados por Wolfgang Kayser. No negamos la posibilidad de empleo discreto de muchos de los planteamientos del doctor teutón. Recusamos, eso sí, la beatería, el adelgazamiento, so pretexto de profundidad, en mal español y en estilo campanudo y gerundiano; señalamos los peligros inherentes a la capitalización de esa nueva fe y al cultivo de un esoterismo que en vez de aclarar un texto poético lo obnubila. Valéry, Eliot, Wallace Stevens, Guillén, Mallarmé se han referido al fenómeno poético. Ellos han partido de la poesía, no la han considerado como pretexto.

A igual distancia queden, y sabemos la inclinación de Latcham: la demolición filológica, el impresionismo vago y el placer por drogarse con una nueva retórica para complacer la afición por los nuevos mitos.

Tras este exordio afligente, veamos algunos de los principios sustentados por Ricardo A. Latcham.

La crítica y la poesía.

Emplea Latcham para estudiar a los poetas,

el método más difícil: agrupar escritores y buscar sus secretas analogías y los puntos en que se contraponen sus preferencias verbales².

Asegura que el crítico debe tratar de entender el espíritu de una poesía que surge. Admite que

... la crítica es también tarea de perforación, de adaptación a los climas presentes, cuyo halago es peligroso, pero cuya acendrada fuerza está aquí más viva que en los versos embalsamados con los cosméticos académicos o las mixturas floralescas³.

Apunta la ausencia de una crítica especializada de poesía y señala los riesgos en que incurre la estimativa suplente:

La crítica especializada de poesía no existe ni en nuestras mejores revistas literarias y, por lo general, en ellas se encuentra reemplazada por comentarios fugaces, productos de la amistad, el compañerismo y el compromiso de las capillas⁴.

Revisa algunas de las falsificaciones perpetradas por la crítica en uso y señala los flancos, explicando su inverosimilitud:

El punto débil de nuestra crítica lo constituye la apreciación inadecuada del fenómeno poético. Cierta impresionismo vago, afirmaciones inconsistentes y un enfoque parcial de la creación lírica, podrían ser las peores muestras de cómo se estudia en Chile la poesía nacional y extranjera⁵.

El influjo de Lorca.

En los años treinta, la huella de Federico García Lorca es visible en la obra de un sector de la lírica chilena. Nuestros poetas buscaron, eso sí, más la monarquía de la imagen y los rasgos externos, que el espíritu del granadino. Latcham menciona el "predominio de la jardinería literaria"⁶ y la presencia de una excesiva afición al preciosismo innatural.

Sugiere —más tarde— que Oscar Castro escapa a esta fórmula, en su segundo libro, porque profundiza más en su mundo personal y refiere su abundante imaginería a lo criollo⁷.

La poesía social.

En diversas crónicas, Ricardo A. Latcham se ha referido a la poesía social. Sus alarmas no provienen de la potenciación de la carga doctrinal del poema, sino de la calidad de éste:

"... Aragón en *Le Bel Canto*, aconsejaba a los poetas sociales de su predilección que era un deber hacer buenos versos. No ponía el motivo por encima de la calidad, como suele suceder entre nosotros. El único inconveniente que ofrece la poesía social es que con frecuencia es de muy baja estirpe"⁸.

El poeta tiene que colocarse a la altura de lo tratado como lo hacía el Dante o como lo han hecho Whitman y Kipling, cantando uno a la democracia y el otro al imperialismo en su hora de plenitud⁹.

A propósito de algunas opiniones de Pablo Neruda, vertidas particularmente en su *Discurso pronunciado en el Congreso de la Paz, en México* (recogido posteriormente en *Poesía política*, Editora Austral, Santiago de Chile, 1953, tomo II, pp. 213-225) y tomando como pie una crónica literaria destinada a comentar los libros de Angel Pizarro y Jorge Onfray¹⁰, escribe Latcham:

... conceden más valor a los materiales que emplean, y no pueden desprenderse de la complejidad que los abruma en esta atormentada época. De ahí que no podamos compartir la opinión nerudiana de la "necesaria claridad". Ni la obscuridad es patrimonio burgués, ni la elaboración técnica del poema es desdeñable cuando se trata de interrogar a un universo de gran variedad y complicación. Hay un punto en que se unen los hilos dispersos del pensamiento de estos poetas, sean ellos puros o comprometidos, y es el de la caducidad que descubren en las metáforas de sus predecesores.

Sobre Gabriela Mistral.

Etiemble escribió, en una oportunidad¹¹, acerca de las fechorías intelectuales que se han cometido con el vocablo 'misticismo'. La poesía de Gabriela Mistral ha soportado indemne el marbete presuroso y nada reflexivo. Latcham ve en ella la repulsa paulatina a los tópicos modernistas y la aproximación al mundo primigenio del mestizaje, del que brotará, en aluvión, su mundo natural¹²:

Gabriela Mistral se enfrenta a la literatura en un momento de cansancio verbal, cuando las corrientes poéticas americanas se hallan saturadas de los motivos modernistas a través de reiteraciones de tópicos que agotaron los maestros co-

mo Darío, Lugones y Valencia. Con un apoyo simple en una realidad muy concreta, de matices escasos, la mujer montañesa canta la pérdida de su amor y la esterilidad de su cuerpo, con alusiones a su destino adverso y a Dios, que no le dio el gozo de la maternidad. No hay resignación cristiana, sino protesta airada y violenta; no hay misticismo contemplativo en sus cantos sino un gemido que envuelve a la naturaleza y la interroga. Entra en este ángulo psicológico su conformación mestiza, la raíz india a que se refiere siempre la propia artista. Es quizá más un residuo totémico, elemental, que una teoría católica, derivada de los Evangelios o de los maestros de la vida interior...¹³.

Sobre la poesía chilena posterior a 1950.

De unos trescientos trabajos dedicados a la poesía chilena posterior a 1950, podemos entresacar algunas ideas fundamentales de Latcham. Estas pueden unirse, de lo general a lo particular, con el enfoque que hace de ciertos libros.

En un mundo que requiere un alto, para distinguir las voces de los ecos, él precisa algunos sucesos:

- a) Los poetas de este período "rehuyen el exceso metafórico"¹⁴;
- b) En este tiempo se "busca mejor el contenido y el sentido, con nítida orientación hacia los problemas y una lúcida conciencia del destino humano"¹⁵;
- c) Poetas de anteriores generaciones pierden consistencia en la época actual, porque "siguen atrapados por una tendencia a la obscuridad y al desenfreno verbal, que también demuestra su servidumbre a moldes gastados y a la mecanización de las imágenes"¹⁶.

Señala méritos y deméritos de varios poetas:

[Rosenmann]... todavía tendrá que manejar la lima y vencer la tentación de reproducirse hasta el infinito. ¡Cuánta acumulación, cuánta alegoría, cuánta desbordada fantasía concentrada en unas estrofas o en unas líneas recargadas y tortuosas! El poeta no deja tomar aliento y desconoce las pausas. Se atropella, se confunde y también revuelve sus materiales¹⁷.

Montealegre tiene un porvenir luminoso, tanto por su idioma atrevido, por sus metáforas audaces y por su originalidad en el tratamiento de lo religioso, depurándolo de lo anecdótico y elevándolo a la visión esencial de lo divino. Es un nombre que dará pronto que hablar bastante¹⁸.

Sigue atentamente a Barquero; atiende a la incorporación del mundo secreto de la poesía de Teillier; apunta el mundo de los símbolos de la poesía de Arteche; busca el sentido temporal de la poesía de Enrique Lihn. Conmovedoras son estas palabras, que permiten aceptar su indulgencia a poetas menores:

Las condiciones de la existencia del poeta en Chile merecen[...] una atención mayor que la otorgada en párrafos laudatorios y en líneas de agasajo, que compensan del descuido de ciertos críticos. El valor y la constancia, el sentido de depuración y de responsabilidad que demuestran los mejores líricos recientes son indicios de una fuerza desconocida, pero activa, que trabaja en el silencio por la continuidad de una tradición verdadera. *Nunca habrá que escatimar la emoción que provoca un pequeño volumen, editado con sacrificios, y que encierra un mensaje auténtico, aunque en él estén ausentes las formas, o abunden con exceso otras veces*¹⁹.

Es posible que la novedad y la meditación rigurosa estén ausentes de este rápido esquema de materiales para una revisión de Ricardo A. Latcham y la crítica de poesía. La admiración es mayor que la posibilidad de premeditar el vasto universo, en forma de biblioteca, en el que se movió el maestro, hasta dar con el libro final, exacto, definitivo, sobre el que surgen gozosas sus manos.

¹*Función de la poesía y función de la crítica. Traducción, prólogo y notas de Jaime Gil de Biedma. Biblioteca Breve, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1955, p. 32.*

²Crónica Literaria. *La Nación*, 4-VII-1948.

³Crónica Literaria. *La Nación*. 21-IX-1947.

⁴Crónica Literaria. *La Nación*. 19-

II-1950.

⁵Crónica Literaria. *Ultima Hora*, 6-VII-1958.

⁶Crónica Literaria. *La Nación*, 31-VIII-1941.

⁷Crónica Literaria, *La Nación*, 15-VI-1952.

⁸Crónica Literaria, *La Nación*, 19-II-1950.

⁹Crónica Literaria. *La Nación*, 4-VII-1948.

¹⁰Crónica Literaria. *La Nación*, 16-XII-1951.

¹¹*Prostitución de la mística*. SUR, agosto de 1940, N° 71, pp. 26-50.

¹²"Aquellos eran otros tiempos y en las quijadas de la cordillera el único libro era el arrugado y vertical de trescientas y tantas montañas, abuelas

ceñudas y que daban consejos trágicas". Gabriela Mistral, *¿Qué es una biblioteca?*, en *Repertorio Americano*, 10-V-1950.

¹³Crónica Literaria, *La Nación*, 7-XII-1947.

¹⁴Crónica Literaria. *La Nación*, 26-V-1963.

¹⁵Crónica Literaria. *La Nación*, 26-V-1963.

¹⁶Crónica Literaria. *La Nación*, 29-VII-1951.

¹⁷Crónica Literaria. *La Nación*, 15-I-1950.

¹⁸Balance Literario de 1955. *La Nación*, 1°-I-1956.

¹⁹Crónica Literaria. *La Nación*, 19-II-1950.